

Círculo Rojo

Cartas cruzadas

Cartas cruzadas



Ana Alejandre



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2017

Depósito legal: AL 1216-2017

ISBN: 978-84-9175-093-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ana Alejandre
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Diseño de cubierta: La autora

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

"Cualquier destino, por largo y complicado que sea,
consta en realidad de un solo momento: el momento en que
el hombre sabe para siempre quién es."
(Jorge Luís Borges)

"Al mal no le hacen falta razones.
Le bastan con excusas".
(Johann Wolgang von Goethe)

Lunes, 5 de agosto de 2013 (noche)

Ha llamado mi hija María esta mañana y me ha dicho, entre sollozos, que su padre ha muerto. No he sentido nada más que un gran vacío que me impedía hablar, decirle alguna palabra de consuelo ante su llanto desgarrador. Permanecí en silencio como si todas las palabras que pudiera decir en esos momentos fueran inútiles y contraproducentes ante un dolor que no necesitaba más que desahogar el caudal de lágrimas que anegaba el corazón de mi hija hasta romperlo. Solo pude hablar cuando oí que sus sollozos se iban aplacando, como si el torrente de llanto que había tenido minutos atrás hubiera ya descargado toda su fuerza y solo le quedaba un llanto dulce, contenido, en el que flotaba una profunda pena que me inundaba por ella y a la que yo no podía dar rienda suelta. Hacía demasiado tiempo que no podía llorar por haberlo hecho tantas veces en el pasado. Le respondí con palabras de consuelo que me llegaban como si las pronunciara alguien que estuviera a mi lado, otra mujer que hablaba con la entereza que se iba desmoronando en mi interior y que no se podía convertir en llanto; pero sí en una total necesidad de cerrar los ojos, callar y sumergirme en el silencio más absoluto, en la oscuridad mental que me envolvía y en el olvido de todo y de todos, incluso de mí misma.

Mi hija, antes de colgar el teléfono, me preguntó si iba a asistir al entierro, aunque noté un cierto tono de alarma que flotaba en su voz ante mi posible respuesta afirmativa. Le contesté que no, que no me parecía conveniente por las circunstancias hacer acto de presencia, lo que pareció tranquilizarla, aunque me respondió que hiciera lo que yo prefiriera y se despidió casi aliviada de que tomara esa decisión.

Estuve un rato sentada, mirando el teléfono colgado casi de forma hipnótica. No sabía bien qué sentía, por los muchos sentimientos encontrados que pugnaban por salir a la superficie y predominar unos sobre otros. Era confusión, mezcla de sorpresa por la repentina muerte, pena por el dolor de mis hijas, y desazón por no sentir más que una extraña sensación de estupor por mi propia y fría reacción ante una muerte de alguien que ya no significaba nada para mí, aunque hubo un día en que lo significó todo. Sobre todo, sentía una amarga sensación de soledad, impotencia y decepción de que todo hubiera terminado así, de la forma más irremediable, definitiva y sin solución de continuidad como es la muerte. Ella es la que baja el telón de toda vida y sume en el más profundo vacío a quienes sobreviven y tratan de encontrar una explicación, una respuesta que valide todo lo que se vivió, lo que se sintió al lado de quien ha partido hacia su último viaje, llevándose consigo las claves necesarias para descifrar el enigma que es cada vida.

El ladrido de mi perra me sacó de mi ensimismamiento, reclamando su ración de comida. Se acercó a mí, rozándose mimosa entre mis piernas, y su calor me hizo volver a la realidad, arropada por su presencia fiel que era lo único verdaderamente real, auténtico, sin artificio ni mentira, que me rodeaba desde hacía mucho tiempo. Demasiado tiempo como para recordar cuándo fue el momento en el que me di cuenta de que toda mi vida era una farsa escrita e interpretada por otros y de la que fui solo una necesaria, más bien diría que imprescindible espectadora a la que iba dedicada. Solo me di cuenta cuando ya la representación acabó y comprendí, ilusa de mí, que había estado viviendo una mentira, aunque siempre creí que era la más firme realidad. Aunque, ¿no es eso lo que nos sucede siempre a la mayoría de los seres humanos cuando creemos conocer a quienes nos rodean, a los seres más íntimos y cercanos?

Cuando me dirigía hacia la cocina para darle de comer a la perra que me seguía, contenta y moviendo la cola, sabía que esa pregunta era la que me retenía en aquel piso deshabitado por otras presencias ya irrecuperables. Al tratar de encontrar respuesta al misterio que representa toda vida humana por próxima que estuviera, intentaba así llegar a comprender mi propia y personal verdad. Esa que se encuentra velada por el desconocimiento que siempre impide llegar a conocer la razón última de los propios actos, de los sentimientos y, en definitiva, de la propia identidad.

Volví hacia el salón y cogí un viejo periódico de meses atrás que estaba frente a mí en la mesa ante el sofá, quizás uno de los últimos que leyó mi madre antes de morir por la fecha que figuraba en su portada, 15 de abril de 2013. Comencé a leerlo, tratando de evitar pensar en mis propios problemas, en mi desolación interior, leyendo los problemas que azotan de continuo a la gente, pero siempre con la desazón íntima que me ha provocado la llamada de mi hija, la inesperada muerte de mi exmarido y la sensación de que estoy flotando en el vacío y la soledad más absoluta.

Levanté la mirada del periódico, sobrecogida por la noticia que publicaba ese día la prensa: Fiona Anderson, una joven de 23 años y de nacionalidad inglesa, se suicidó, arrojándose desde una altura de 8 metros, en avanzado estado de gestación —pues su futura hija nacería en los primeros días de junio—, después de haber matado a sus tres hijos de corta edad: tres años, dos y once meses. Su marido la había abandonado, hacía un mes, para irse a vivir con otra mujer. La desdichada y joven madre mató a sus hijos a quienes anunció, a través de Facebook, que nunca los abandonaría, así como puso en dicha red social mensajes dirigidos a su marido en los que le decía que solo había hecho quererlo y que sus hijos lo consideraban un dios. La desesperación por el abandono, en una situación tan delicada para cualquier mujer como es el embarazo, la soledad y la profunda angustia, la llevó a tomar tan terrible decisión de acabar con su vida y la de los cuatro inocentes niños, pues el feto no sobrevivió.

Me recliné en el respaldo del sofá en el que estaba sentada como si me faltaran las fuerzas, sintiendo una extraña angustia e identificación con la joven madre, con su soledad y desamparo, y una profunda pena me inundó en este día de tan tristes noticias que me habían sobrecogido el ánimo. Fiona Anderson era una víctima más del mal de amor, de la mala elección del compañero sentimental, del hombre al que amar y del que se espera ser amada.

El marido de la desdichada, quizás, se aburrió de tanto niño y embarazo consecutivo, o huyó de sus propias responsabilidades, como tantos otros hombres que no merecen ese calificativo, para buscar así la comodidad de una nueva relación en la que no existe más obligación que estar con la pareja mientras cause placer o, al menos, no provoque problemas y responsabilidades no deseadas. Es una historia demasiado repetida: la de mujeres abandonadas por sus maridos, novios o aman-

tes, por otra mujer o sin haber esta última. También las de mujeres que siguen viviendo con sus maridos o amantes y están igualmente abandonadas física y emocionalmente, como si los dos miembros de la pareja estuvieran en universos paralelos, pero sin ningún nexo de unión física o emocional, sin ninguna complicidad ni ternura.

Del jardín me llegaba el piar de los pájaros y la declinante luz del anochecer, tamizada por los visillos, que llenaba la habitación con su luz cenicienta en la que se anunciaba la lenta llegada de la oscuridad nocturna. Acompañaba así a mi propio estado de ánimo que había quedado sumido en la penumbra que propicia la tristeza, la sensación de derrota vital y de pena, de profunda pena, no tanto por lo que he vivido como por lo que me ha sido negado por este destino ciego y aciago que es el dueño y señor de toda vida.

A mi lado, en el interior de la preciosa caja de madera antigua, estaban las fotografías familiares que ofrecían las imágenes de los protagonistas de la historia familiar, de quienes fueron los que ya se marcharon y de algunos de los que aún quedamos. Todos somos supervivientes de varios naufragios vitales, aunque del mismo barco llamado "destino" del que fuimos arrojados a diferentes playas temporales, en las que intentamos sobrevivir al hastío vital, a la desdicha y a la siempre lacerante sensación de soledad y derrota.

Ahora, en mi estado de ánimo, agudizado más por la terrible noticia de esas muertes, una, próxima; y, otras, lejanas en la distancia y en el afecto, pero que me afectan por igual por lo que todas ellas significan, me siento incapaz de ponerme a leer las cartas de toda la familia que mi madre, en su cuidadosa custodia de todos los recuerdos familiares, me ha obligado con su petición hecha en silencio pero angustiosamente. Sé que las tendré que ir leyendo, lenta y pausadamente, para intentar así comprender quiénes fueron mis padres, y quiénes somos, o fuimos, mis hermanos y yo. A lo largo de la vida cada persona es muchas, sucesivamente, aunque siga siendo la misma en apariencia, ya que tiene idéntica identificación civil y el mismo cuerpo con los cambios naturales que provoca la edad. Aunque, para esa difícil tarea tengo que recobrar la calma y estar más serena. La tristeza y la angustia que siento, en estos momentos, solo la puedo expresar de forma involuntaria con las lágrimas que noto correr por mis mejillas y que bajan, sorda y calladamente, hasta la barbilla, sin un sollozo, sin un quejido, solo con ese riachuelo de agua salada que me desborda y al que no trato de retener. En él vierto

todo el caudal de tristeza y pena que me embarga ante tanta muerte, tanto dolor y tanta soledad. Mientras, en el jardín de la urbanización, los pájaros unen sus trinos en un renovado canto nocturno con el que la luz que declina parece despedirse cada día, en este verano sofocante y pesado como una losa de plomo caliente que parece derretirse sobre mi cabeza.

No me apetece ahora mirar las fotografías o leer alguna de las cartas que quedan como tarea pendiente que deberé retomar mañana, más despejada de cabeza y sosegado el ánimo, mientras deseo darme una rápida ducha y tomar una ligera cena sin apetito. No puedo abandonarme a esta soledad y desánimo sin intentar, al menos, alimentarme un poco para no caer definitivamente en la más absoluta debilidad física y mental.

Me levanté y fui hacia la ducha, deseando ya que termine este día y poder acostarme pronto para así tratar de dormir, a costa de tomar los espantosos somníferos, y olvidarme durante unas horas de esta vida que me pesa, que me aplasta. Así amaneceré mañana con más fuerzas o, quizás, con menos angustia para seguir buscando, a través de los demás, la clave que me revele el sentido de mi propia vida.

Martes, 6 de agosto de 2013 (mañana)

El día ha amanecido gris y plomizo, en sintonía con mi estado de ánimo. Es como si el cielo se hubiera aliado conmigo para que, en esta mañana, no me recibiera un sol esplendoroso que me abofeteara con su luminosidad e hiciera aún más tenebrosa la diferencia entre su luz cegadora y la oscuridad que siento en mi interior, desde que ayer me dijo mi hija que su padre había muerto.

No sentía pesar por una muerte que no significaba ya nada para mí emocionalmente, sino un profundo vacío y una extraña sensación de irrealidad. No sentía nada más que el silencio que me rodeaba y al que rompía, de forma intermitente, el piar de los pájaros que anidaban en el jardín. Ese ligero eco sonoro de vida me hacía sentir una extraña desazón. Me sentía flotar en una burbuja irreal, en el tercer piso de un edificio en el que solo estaban las pocas familias que habían vuelto ya de las vacaciones o no se habían marchado aún, pero cuya posible proximidad no me acompañaba. No las conocía ni tampoco eran visibles detrás de los visillos y toldos que ocultaban de las miradas indiscretas a los habitantes de los pocos pisos que estaban ocupados. Permanecían cobijados en el frescor del aire acondicionado sin salir al exterior, en este verano de calor sofocante, soledad y vacío.

He tomado solo un zumo de naranja y un yogur como desayuno. El calor me quita el apetito, sobre todo, desde que se estropeó el aire acondicionado y no he llamado aún para que lo arreglen. Sé que en pleno mes de agosto no hay servicio técnico que atienda a una llamada con mil excusas, si no está cerrado por vacaciones. También, la apatía que

sentía me impedía buscar entre los papeles de mi madre el teléfono de la empresa que podría solucionar el problema y que, con su cuidadosa meticulosidad, tendrá anotado en la agenda. Son otros datos más íntimos y personales los que he venido a buscar para intentar comprender, a través de la vida de mi familia, la mía propia, e intentar llegar así a conocer y comprender a quienes convivieron durante muchos años conmigo y, también, a conocerme a mí misma al verme reflejada en ellos.

En la caja antigua de madera he encontrado varios álbumes de fotografías familiares, y algunos muestran fotografías amarillentas por la pátina del tiempo que confirman a primera vista, por la vestimenta y peinados, que son de las décadas de los treinta y cuarenta del pasado siglo e, incluso, algunas aún son anteriores.

Muchos de los rostros que mostraban las fotografías antiguas me eran desconocidos y solo sabía quién era la persona fotografiada por la nota que, escrita pulcramente debajo de cada una de ellas, decía su identidad, lugar y fecha en la que fue tomada la fotografía.

Fui pasando parsimoniosamente las diferentes y pesadas hojas de los álbumes atestadas de fotos, tratando de encontrar, en los rostros que mostraban, algún gesto, vestigio o rasgo que me resultara familiar o me recordara a los míos propios. Sin embargo, parecía que todos esos signos familiares, si alguna vez existieron, habían sido borrados por esa extraña esponja que es el tiempo y mostraban en sus caras, femeninas o masculinas, sonrientes, serias, bellas o poco agraciadas; rasuradas, bigotudas o barbudas, maquilladas o naturales, sonrisas risueñas, tímidas y hasta irónicas, unas, y miradas tristes, graves, enfadadas o impacientes, otras. Todas ellas tenían unas facciones que me resultaban extrañas por desconocidas, como si contemplara el álbum familiar de unos extraños como me parecían quienes protagonizaban las diversas fotografías. No me sentía unida biológica o familiarmente a quienes me miraban desde las diversas fotografías. La ausencia de trato, por la excesiva distancia en el tiempo, parece borrar la identidad biológica y separa emocional y físicamente a las distintas generaciones que se mirarían, unas a otras, si coincidieran en cualquier lugar en un momento dado, en un salto temporal, como se contemplan los desconocidos entre sí: con extrañeza, indiferencia o, peor aún, desconfianza y lejanía.

De pronto, un bellísimo rostro destacó entre otros menos agraciados en comparación con él, como una estrella fugaz ilumina instantáneamente el firmamento a su paso. Me quedé en suspenso, mirando a

aquella hermosa mujer que respondía mudamente a mi mirada con el fulgor que parecían despedir sus grades ojos claros que eran el contrapunto perfecto al delicado óvalo de su rostro, enmarcado por el sombrero tipo casquete tan habitual en los años veinte. No tuve que mirar el nombre que figuraba debajo de la antigua fotografía para intuir de quien se trataba. No podía ser otra que mi tía abuela Olga Petrovna, la fascinante y misteriosa mujer rusa, esposa de mi tío abuelo materno, Gabriel. Él, en otra fotografía a su lado en la misma página del álbum, parecía observarla con adoración y temor a perderla como si la imagen se pudiera volatilizar del álbum, por efecto de un extraño sortilegio prendido en la codiciosa mirada del espectador ocasional de aquella fotografía, admirado ante la belleza insólita de su mujer que dejaba sin aliento a quien la contemplara.

Levanté la mirada de aquellas fotografías antiguas y miré a mi alrededor. Observé los oscuros muebles de caoba que mis padres no quisieron cambiar por otros más modernos cuando se cambiaron a este piso de una tranquila urbanización de las afueras. Estaban perfectamente conservados, después de los muchos años que llevaban decorando las paredes de la casa de mis padres. Sobre algunos estantes y mesas auxiliares estaban las numerosas fotografías familiares enmarcadas, especialmente las de mis padres, mis hermanos y sus hijos, además de las de mis hijas y mías. Las de mi marido fueron retiradas después de mi divorcio y, de eso, hacía unos quince años. Me levanté y fui hacía donde estaban situadas y las miré con fijeza como si quisiera encontrar en ellas la clave que me descifrara tantas incógnitas y preguntas sin respuestas. Pasé los dedos sobre todas ellas como una muda caricia, deteniéndome sobre todo en las fotografías de mis hijas que aparecían en todas las edades hasta la treintena muy avanzada que ahora tienen. La mayor es la viva imagen de mi marido y la menor es igual a mí, aunque con el pelo y los ojos más oscuros. Ninguna ha heredado la claridad de mis ojos y cabellos.

En un rincón de la enorme librería estaba la puerta que, una vez abierta, ofrecía a la vista el equipo de música que mi padre escuchaba constantemente, especialmente la música clásica de la que era un verdadero entendido. Allí estaban, pulcramente colocados, los numerosos DVD que contenían múltiples sinfonías y obras de los más importantes compositores. Mi mano se dirigió sin pensarlo hacia donde estaban varias obras de Mozart, especialmente la Misa de Réquiem en re menor, K. 626, en la versión dirigida por Karl Böhm y la Orquesta y Coro

Filarmónicos de Viena, grabada en 1984. Esta excelsa obra musical me eleva siempre el ánimo, a pesar de ser una obra compuesta expresamente para una misa de difuntos, por su conmovedora y prodigiosa belleza. Al oírla, noto siempre una mezcla de sensaciones en la que se funden la tristeza, el arrobo, la exaltación espiritual y la más absoluta sensación de irrealidad y contacto con otras dimensiones que se abren al oír aquella música inefable y arrebatadora.

Puse en marcha el equipo para oír aquella obra magna que me haría olvidar todo el silencio, la angustia y la ominosa soledad que me rodeaba, y dejarme envolver en la excelsa magia de aquella música celestial que parecía provenir de otros mundos.

La música empezó a sonar en el salón, inundando con sus acordes toda la estancia y rebotando en las paredes que amortiguaban su sonido por los espesos cortinajes, libros, cuadros y diversos muebles que apresaban el sonido. Aquella excelsa música que parecía provenir desde una dimensión espiritual, me producía siempre y, más aún, en esta mañana sofocante, un llanto silencioso, contenido. Así desahogaba toda la pena que me inundaba por los recuerdos de quienes ya se fueron y por, la presencia sutil de mis antepasados que parecía impregnar el salón con su silenciosa solicitud de atención que emanaba de las viejas fotografías. Todo parecía hablarme de seres que sufrieron por el amor perdido; de desolación y angustia por una felicidad que el destino arrebató a unos seres en los que el amor había escrito un final de dolor, misterio y absoluta desesperación. Al igual que yo me sentía ya huérfana de ilusiones, de cualquier brizna de amor en esta soledad buscada que es mejor que la que sentía cuando estuve con quien nunca supo amarme. Quizás, para él empecé a ser la extraña que siempre sentí que era para mí misma y para los demás. Por ese motivo, llegaría a verme también diferente a todos, por no entender mis continuas preguntas de muchos años atrás sobre mis diferencias físicas y temperamentales en relación con mi familia.

La mágica música, en la que el genio creador de Mozart pudo plasmar todo su talento de compositor tocado por la mano de una inspiración divina, comenzaba el primer bloque de los siete que lo componen, cantando el coro el primer versículo de la primera parte del *Introitus, Requiem Aeternam*: "*Requiem aeternam dona eis, Domine et lux perpetua luceat eis. Te decet hymnus, Deus, in Sion et tibi reddetur votum in Ierusalem". ("Dales el descanso eterno, Señor, y que la luz perpetua los ilumine. Mereces un himno, Dios, en Sion y te ofrecerán votos en Jerusalén"*). Era

una súplica en la que expresaban las voces la trascendencia de toda vida humana que, cuando cruza la línea divisoria entre la vida y la muerte, llega a otra realidad suprema que trasciende el óbito y le da sentido a la propia finitud física, mientras imploran la Divina Misericordia para el eterno descanso de las almas.

Recordé lo que enseñaba a mis alumnos en el Conservatorio sobre esta prodigiosa obra musical compuesta por Mozart que, según la leyenda, lo hizo a petición de un misterioso personaje vestido de negro que no quiso identificarse, quien se presentó en casa del compositor, días antes que naciera el último hijo de Mozart, para encargarle un Réquiem, pagándole una cierta suma de dinero como adelanto y diciéndole que regresaría en un mes. Posteriormente, Mozart recibió el encargo, desde Praga, para escribir la ópera *La clemencia de Tito,* con motivo de la celebración de la coronación de Leopoldo II. Al salir de viaje para dicha ciudad, acompañado de su esposa, el misterioso personaje se presentó de nuevo y le preguntó al músico si había terminado su encargo. Este se sintió sobrecogido por un extraño presentimiento, pues estaba obsesionado con la muerte, especialmente desde el fallecimiento de su padre, además de sentirse enfermo y cansado por el exceso de trabajo. A ello, se unía su fascinación por lo sobrenatural que parecía provenir de su contacto con la francmasonería. Todo esto, unido al extraño aspecto del enviado —de quien después se supo que se llamaba Franz Anton Leitgeb—, llevó a Mozart a creer que este enigmático personaje era enviado por el destino y que la Misa de Réquiem que le había sido encargada era para su propio entierro.

También se llegó a saber, después, que el extraño emisario era enviado por el conde Franz von Walsegg, músico aficionado, que acababa de enviudar y deseaba que Mozart compusiera la Misa de Réquiem para los funerales de su esposa; pero, en un prurito de vanidad y soberbia, deseaba hacer creer a los demás que él era el compositor de tan magna obra y, por ese motivo, quería permanecer en el anonimato ante el verdadero compositor, al hacer el encargo.

Mozart pudo terminar solo tres de las siete partes, con el coro y órgano completo: *Introitus, Kyrie y Dies Irae,* siendo su alumno Franz Xaver Süssmayr quien finalizó las partes inconclusas y el *Sanctus* completo.

Rescaté de la memoria todos aquellos datos que me permitían olvidarme, por un momento, de la sensación de angustia y pesadumbre en la que me encontraba en esa soledad, despoblada de los seres que

una vez la llenaron con su presencia. Además, se unía la muerte de mi exmarido que le otorgaba la sensación definitiva de punto y final a mi matrimonio y a una vida en común de veinticinco años que se había roto quince años atrás. Ruptura de la que él era el único artífice. Sin embargo, nuestras hijas eran las verdaderas víctimas de un fracaso del que eran inocentes, aunque sí fueron las receptoras de las dolorosas consecuencias que siguen a todo divorcio.

Pensé en la estúpida vanidad y osadía del conde Franz von Walsegg, si era cierta la leyenda, de querer hacerse pasar por el autor del prodigioso Réquiem compuesto por Mozart. Intento fallido de presumir de unas dotes y un talento creador del que se carece, a costa del verdadero compositor de tan excelsa obra de la que se presume autor el impostor. La impostura me repugnaba en cualquier ámbito de la vida. Había sido la receptora de la falsedad de otros durante mucho tiempo, cuando unas personas, en las que confiaba plenamente, me habían demostrado que su cariño era solo una máscara para lograr sus fines personales a costa del engaño y la traición, con calculadora y fría determinación.

Me llevé la mano a la frente como queriendo borrar aquellos pensamientos que rechazaba, en un intento de no agravar más aún la sensación de soledad y angustia que parecía aumentar por momentos, al igual que el calor sofocante y el silencio que reinaba en esta mañana de grises oscuridades. Me sentía como la única ocupante de un edificio fantasma, solo poblado por sombras escurridizas que parecían cruzar por delante de los cristales de alguna de las ventanas de aquel perfecto cuadrado que formaba el edificio, rodeando el jardín y la piscina que presiden el centro. En ese momento, estaban desiertos ambos por el anuncio silencioso y opresivo de tormenta que estaba próxima, lo que anunciaba la oscuridad que estaba cerniéndose sobre el edificio y toda la urbanización, sumergiéndolos en una extraña atmósfera de tenebrosa luz irreal.

La música seguía sonando y me dejé arrebatar por ella, notando su benéfico efecto sobre mi estado de ánimo que parecía transmutar la tristeza en una exaltación que provocaban esos acordes prodigiosos. Me elevé hacia un estado mental en el que la vida cotidiana, los pesares y el dolor desaparecen para entrar en una dimensión psíquica y espiritual en la que el sufrimiento y la tristeza se borran ante la inminencia de que el gran misterio de la vida y de la muerte será desvelado. En el eco de esa inefable música quedaba prendido y se elevaba hasta cotas más altas y sublimes en las que solo Dios puede habitar y, desde allí, recoger el

lamento del ser humano, atrapado en la materia, que busca la expiación del pecado original a través del sufrimiento de toda agonía y suplica ser acogido en el seno de la misericordia divina.

Pensaba que en toda vida existe un enigma, un misterio que, en muchas ocasiones ni siquiera puede desvelar el propio interesado. No hay nada más difícil que llegar a saber quién de verdad se es y descifrar ese enigma que todo ser humano representa para sí mismo y para los demás.

La voz de la soprano entonaba el versículo segundo de *Requiem Aeternam*: "*Te decet hymnus, Deus, in Sion et tibi reddetur votum in Ierusalem*".*("Mereces un himno, Dios, en Sion y te ofrecerán votos en Jerusalén").*

De pronto, recordé que mi madre me enseñó con mucho interés, hacía unos meses, cuando vine a su casa a cuidarla durante la enfermedad que la llevó a la tumba, otra antigua caja de madera barnizada que aún conservaba su decadente belleza como tantos otros objetos que mi madre siempre conservó, por ser los últimos recuerdos de una grandeza familiar ya perdida. Una vez abierta, con una llave que sacó de un pequeño cofre sobre el bargueño del que extrajo la caja, apareció su sorprendente contenido que formaban varios manojos de cartas, atado cada uno de ellos con una cinta de seda de diferente color para diferenciar el remitente de las mismas como después pude comprobar. Eran muchas las cartas que contenía la preciosa caja de madera que se custodiaban no solo dentro de la caja cerrada con llave, sino que esta también se guardaba en el interior del antiguo bargueño, también cerrado con llave, que estaba en el despacho de mi padre. Me dijo que eran cartas familiares y las más antiguas eran las que mi abuela le legó antes de morir, en las que su hermano le escribía, desesperado, ante la extraña desaparición de la mujer que no solo era el único y apasionado amor de su vida, sino el enigma que nunca pudo descifrar y murió atormentado por no haber podido desvelar el secreto que encerraba y saber por qué, cómo y dónde desapareció sin dejar rastro alguno. La desesperación. por llegar a saber dónde se encontraba aquella mujer de portentosa belleza que le había robado el corazón y las ganas de vivir por su extraña y nunca aclarada desaparición, lo sumió en una profunda depresión, al igual que a toda la familia en un auténtico estado de estupor y desolación ante un misterio que quedó en ese limbo en el que se encuentran todos los enigmas que no encuentran respuesta a las muchas preguntas que suscitan y que se van agrandando con el tiempo y la distancia, dotándolos de una indudable y profunda grandeza, morbosidad y fascinación.

Sentí un acuciante deseo de leer aquellas cartas que, años atrás, solo vi que llenaban la caja, pero otras ocupaciones más urgentes y perentorias me impidieron leerlas. En esos momentos de soledad y quietud, necesitaba leer sobre otras vidas que, quizás, me ayudarían a terminar el rompecabezas de la mía propia para poder así entender mi pasado, mi propia vida y, sobre todo, llegar a conocer a esa extraña, esa gran desconocida que soy para todos, pero especialmente para mí misma.

Me levanté y fui hacia el despacho que estaba al final del amplio piso. Abrí el bargueño con la llave que estaba en el llavero de mi madre —que ahora llevo siempre encima para abrir armarios y cómodas—, y extraje la caja y la llave del pequeño cofre que me permitiría abrirla. Con el preciado botín, me dirigí hacia la sala y coloqué la preciosa caja sobre la mesa de centro que estaba ante el sofá, al lado de la que contenía los álbumes de fotografías. La abrí con extraña expectación como si su contenido se refiriera más a mi propia vida que a la de mis antepasados, quienes tomarían vida ante mí desde los amarillentos papeles en los que habían escrito aquellas cartas que hablarían de sus inquietudes, ilusiones, preocupaciones y alegrías. Entre todos los manojos atados con las distintas cintas, elegí dos manojos que eran las de los colores que quedaron en mi memoria cuando me las enseñó mi madre como si me mostrara un tesoro. Eran las cintas que los ataban de color verde, el primero, y violeta, el segundo. El primero, me dijo, al enseñarme aquel manojo más abultado que el otro, estaba atado con una cinta de ese color. Los ojos de mi tío abuelo, Gabriel, eran verdes y eso le hacía recordar a quién pertenecían las cartas que contenía. El segundo, por igual motivo, pues mi tía abuela Olga tenía los ojos violetas más maravillosos que había visto en su vida, aunque añadió que nunca conoció a nadie más que tuviera unas pupilas de ese inolvidable y fascinante color que las hacían únicas para quien las contemplara. Elegí el manojo de cartas atadas con cinta de seda verde y, después de deshacer su lazada, vi que el montón estaba dividido en dos, a su vez, por otra cinta de igual color. Me di cuenta de que el cuidadoso espíritu organizador de mi madre había dividido las cartas de su tío en dos montones separados pero unidos, y las cartas estaban ordenadas cronológicamente de forma decreciente como si ella hubiera querido separar las cartas de "antes" de la tragedia de las de "después". Elegí la primera de ellas, es decir, la de más abajo del montón superior que representa la primera cronológicamente del montón de "después". Mi impaciencia la había elegido para no perder

el tiempo leyendo las contenidas en el montón del "antes", cuando la felicidad era el horizonte que se dibujaba ante el joven matrimonio y aún no se había producido el terrible cambio que propició la inesperada e inquietante desaparición de Olga y, con ella, su marido se vio sumido en una profunda angustia y desesperación.

Cuando saqué el amarillento papel en el que estaba escrita la carta dirigida a mi abuela Elisa, su hermana, vi la ágil y nerviosa letra de mi tío abuelo Gabriel que parecía aumentar su ligera inclinación a la derecha por la tensión nerviosa que sentía y que aumentaba la velocidad al escribir. En esas frases y palabras estaba contenida toda su angustia que quedaba impresa en las líneas que cruzaban el folio. Angustia que yo parecía sentir casi físicamente al contacto con el papel que me transmitía toda su congoja y desesperación.

"*Paris, 27 de septiembre de 1925*

Mi querida hermana:

Perdona que no te haya escrito antes en respuesta a tu siempre cariñosa y consoladora carta, última del mes de agosto pasado; pero estoy sumido en una profunda vorágine de gestiones y consultas, tanto ante las autoridades francesas como ante el embajador de la URSS en París. Por ser Olga nacida en Rusia, están tomándose con mucho interés la extraña desaparición de mi amada esposa, aunque temo que el interés no sea solamente por tratarse de un misterioso caso de desaparición de una compatriota en tierras extranjeras. También —según me ha informado el propio embajador soviético—, existen posibles evidencias, que están comprobando, de que Olga esté relacionada, desde hace varios años, con actividades antisoviéticas, lo que me ha llenado aún más de temor, estupor y malos augurios.

Comprenderás que, ante esta situación, crecen las posibilidades de que algo terrible le haya sucedido a mi querida Olga y eso me llena de terror. Además de un accidente que haya podido sufrir y los causantes hayan intentado ocultar, incluso de haber sido víctima de un secuestro —sabes que la extraordinaria belleza de Olga no tengo que calificarla, ya que es conocida por todos los que la conocéis—, y descartada la huida voluntaria, como me ha insinuado la policía, por descabellada e inverosímil, ya que nadie mejor que yo puede saber lo felices que éramos y los muchos proyectos de vida en común que teníamos, solo queda la terrible posibilidad de que haya sido víctima de una venganza política. Esto supondría un terrible futuro para

mi mujer o, peor aún, la muerte. Posibilidad esta última que trato de negarme a aceptar porque temo volverme loco.

Todo esto me tiene sumido en un estado de ánimo terrible, descorazonador. Me encuentro ante un terrible enigma que no puedo descifrar, pues, ahora, con lo que me ha dicho el embajador, caben nuevas e inquietantes posibilidades. Aunque no puedo creerlo porque conozco bien a la maravillosa, tierna, dulce y apasionada mujer con la que me casé que es el amor de mi vida, no puedo dejar de pensar si será posible que Olga haya sido una activista política en contra del régimen soviético. Sé que es una profunda creyente en Dios, y que la iglesia ortodoxa ha sido para ella su salvación, en los muchos años de sufrimiento para su familia, desde el asesinato del zar Nicolás II y toda su familia. No hay que olvidar que su padre era un alto funcionario que fue asesinado, poco después, como muchos otros adictos al régimen zarista. Pero, por otra parte, intento tranquilizarme pensando que, aunque mi querida esposa no sea afín al movimiento bolchevique que se hizo con el poder gracias a su revolución y ha permitido la creación de la URSS, eso no significa que se haya visto implicada en actividades políticas. Ahora, con el actual régimen soviético, sería una nota peligrosa para su seguridad, a pesar de que lleve ocho años viviendo en Paris y sea una galerista de arte muy apreciada y respetada en esta ciudad.

Como comprenderás, mi querida Elisa, estoy abrumado y con una angustia terrible, pues la policía no encuentra ningún tipo de indicios del posible paradero de mi queridísima Olga. Inquietud que ha aumentado notablemente la última conversación con el embajador que me ha provocado escalofríos, ya que me pregunto si no habrá sido víctima, mi hermosa y añorada Olga, de una purga política que, para quienes ostentan el poder, ahora sería muy fácil llevar a cabo. Los tentáculos del Gobierno de la URSS son muy largos y poderosos. Además, la posibilidad que apuntó el embajador de que Olga podía haber sido una encubridora de sus compatriotas que huyeron de la antigua Rusia ante la violencia de los acontecimientos, sobre todo después de terminar la Revolución bolchevique, me ha producido aún más miedo de que su desaparición tenga una causa política. Eso significaría un terrible fin para mi adorada Olga y para mí mismo, pues no te oculto, mi querida hermana, que si no la encuentro sana y salva, mi vida no tendrá ya ningún sentido, ya que habrá desaparecido la maravillosa mujer cuyo amor es la luz que ilumina mi existencia y, sin ella, me sumiré en una oscuridad fatal que me hará desear la muerte.

No quiero preocuparte más, mi querida Elisa, con mis angustias y tribulaciones. Tú debes estar fuerte emocionalmente para poder sacar adelante a tus hermosos hijos y mis preocupaciones solo harán sumarse a las tuyas, nunca escasas, de toda buena esposa y excelente madre como eres.

Recibe un fuerte abrazo de tu hermano con todo mi cariño hacia ti y tu hermosa familia.

Gabriel".

Dejé sobre la mesa la carta que parecía transmitirme toda su congoja y angustia, a pesar del tiempo transcurrido y de la distancia emocional que me separaba de aquel desdichado hombre que se debatía entre el dolor, la desesperación y la duda de cuál era el paradero de la mujer que amaba. Sobre todo, lo atormentaba la duda de si ella era, realmente, una supuesta activista política; posibilidad que añadía aún más temor y angustia a la desaparición de aquella hermosa mujer que le arrebató el corazón y la razón de su vida.

El coro entonaba el último versículo de *Requiem Aeternam*: "*exaudi orationem meam, ad te omnis caro veniet*", ("*atiende mi oración, todos los cuerpos van a tí*"), como un bellísimo eco a la desesperación de aquel hombre desdichado que buscaba, en la más absoluta oscuridad, a la mujer que era el amor de su vida.

Sentí necesidad de tomarme un café bien cargado, a pesar del calor que hacía, para que me confortara, con su aromático sabor, de toda la angustiosa sensación que el día plomizo y la desesperación que se desprendía de aquella carta que acababa de leer me había dejado en el ánimo y me pesaba como una losa.

Con la taza de café en la mano regresé al salón y, después de unos ávidos sorbos que di, como si con aquel líquido caliente también bebiera un poco de energía que parecía haberme abandonado de pronto en esta mañana de bochorno y tristeza, metí la carta en el sobre y la puse en el montón, cuidadosamente, respetando el orden original.

Miré con curiosidad el montón de cartas atadas con cinta color violeta y pensé que aquella enigmática mujer, además de por su belleza, ejercía una extraña fascinación sobre mí. Su bellísimo rostro me despertaba una indefinible sensación de nostalgia. Parecía como si me mirara, desde el álbum abierto, con aquella suave sonrisa de tierna ironía en la que quedaba prendida toda su sensual belleza que subyugaba a quien la contemplara.

El montón de cartas atadas con cinta violeta contenía un solo fajo de ellas que habían sido escritas antes de su desaparición. Cogí una de las cartas, en un intento de olvidar la tristeza que la carta de mi tío abuelo había dejado en mi ánimo como un poso amargo, igual que el que queda en una taza de café mal filtrado y no azucarado. Necesitaba leer algo que me hiciera salir de esa sensación de opresión que la carta anterior me había provocado.

Era la primera del montón, la más reciente cronológicamente. La desdoblé, encontrándome el papel ya amarillento en el que la letra grácil de Olga dibujaba una escritura de rasgos curvos y armoniosos que denotaban un temperamento afable, equilibrado y armónico que atraían antes de saber qué decían. Empecé a leer la carta con una mezcla de curiosidad y expectación que me sorprendía por su intensidad:

"París, 24 de abril de 1925

Mi querido Gabi:

Ya sé que mi ausencia durante tantas semanas te está provocando una gran tristeza y desolación, al igual que a mí. Sabes, querido mío, que no puedo abandonar París en estos momentos en los que se está produciendo una serie de exposiciones importantísimas que me obliga a permanecer aquí. Por tu parte, tampoco puedes viajar ahora ya que tus negocios te lo impiden, amor mío. Son circunstancias ajenas a nuestra voluntad las que nos separan durante este tiempo que nos parece una eternidad, pero sabes, querido mío, que pronto podremos reunirnos en París o en Madrid, según cuál de los dos pueda viajar antes, para poder estar juntos. Entonces, no nos separaremos nunca más y podremos estar seis meses en cada ciudad como tenemos acordado, y así podremos mantener nuestras respectivas profesiones sin que supongan un motivo de nuevas separaciones.

*He estado hablando con diferentes expertos en arte para encontrar a quien se pueda hacer cargo de mi galería durante los meses que pasaré anualmente en Madrid. Sobre todo, me ha interesado muchísimo una gran artista y teórica, profesora de pintura, que tiene mucha experiencia como encargada de galerías, y que me ha recomendado mi buena amiga, Lina Prokófiev, compatriota tuya, Gabi m*ío. El *verdadero nombre de Lina es Carolina Codina Nemysskaya, hija de padre español y madre rusa, nacida en Madrid, y esposa de uno de nuestros compositores favoritos: Serguéi Prokófiev, a cuya maravillosa boda asistí, como ya te he comentado en ocasiones, que se celebró, en octubre de 1923, en la localidad bávara de Ettal.*